

“VIDA MANCHEGA,”

TRISTE AMANE CER

I

Nadie hubiera dicho que hasta aquel escondido pueblecillo oculto entre profundos valles y elevadas montañas, había de llegar la acción destructora y fatídica de la guerra.

En una de aquellas casitas blancas como palomas y alegres como cantoras golondrinas, habitaba un matrimonio joven, que gozaba de toda su amorosa felicidad colmando de caricias al único fruto de su reciente unión.

Una niña rubia como un ángel, de sedosa cabellera rubia, que saltaba en bucles en torno de su nivea carita, semejante á un desbordamiento de hilillos de oro, y grandes ojos de un azul profundo y de mirar apasionado y sereno.

En los tres años que contaba aquel fruto de bendición con que Dios había premiado su amor inmenso y puro, no recordaban los dos esposos sino infinitas venturas y alegrías sin cuento gozadas en el tranquilo amor del hogar y en la grata compañía de los seres amados.

Y al estallar la guerra, la desgracia había caído sobre ellos aplastando aquellos recuerdos de felicidad suprema, al ser brutalmente arrancado de entre los suyos. aquel que constituía la expansión del alma y el sostén del hogar.

Al ingresar en el ejército defensor del terruño amenazado, Roger de Creville fué destinado a la artillería ligera que patrullando por entre aque las montañas batía al invasor diezmándole y deteniendo débilmente su avance siempre victorioso y aterrador.

El terreno de acción, era aquellos días las inmediaciones del pueblecillo donde habían departido su dicha Roger y su esposa.

Y todos los días al cambiar de posiciones la compañía donde prestaba su servicio atravesaba el pueblecillo una o más veces.

Apenas se sentía en lontananza el ruido ensordecedor de los cañones al rodar por el terreno pedregoso, aquel ángel que Dios había enviado para colmar la felicidad de sus padres corría al lado de su madre y asiéndose á su falda gritaba con su voz dulce y melodiosa—¡La artillería, la artillería!—y madre e hija corrían a ver pasar al padre, que ennegrecido por la pólvora y roto el uniforme por los accidentes de la lucha, las saludaba desde la pieza, mientras la niña entusiasmada se agitaba furiosamente diciendo adios con su manecita.

II

Un día la columna hizo alto en el pueblecillo y Roger aprovechó el instante para abrazar a su esposa y llenar de besos las tiernas mejillas de su hijita.

—Quizá esta sea la última vez que nos veamos—exclamó Roger estrechando contra su pecho a la dulce criatura—vamos en busca del enemigo a proteger la retirada del grueso del ejército que retrocede...

Un agudo toque de clarín interrumpió sus últimas palabras y dió el último abrazo a los dos seres amados para incorporarse a su pieza que le aguardaba.

—¡Toma—dijo ella arrancando del pecho de la niña una medalla y colgándola de su cuello—la Virgen te protegerá!

Un instante después las piezas hacían trepidar las blancas casitas hasta perderse en lontananza...

III

Apenas los primeros rayos de un sol ardiente, habían comenzado a bañar de una luz dorada, los picos de las más altas montañas, cuando empezó a conmover al humilde pueblecillo el lejano rumor de un ejército en marcha.

Y se distinguieron allá en lejanos puntos los cabrillos centelleantes que el sol formaba hiriendo los miles de bayonetas que lentamente se acercaban.

La esposa de Roger y su hijita contemplaban el hermoso espectáculo desde la entrada del pueblecillo deseosas de ver aparecer entre los miles de hombres aquel que tenía en suspenso sus almas,

De pronto advirtieron que un jinete se desprendía del grueso de las fuerzas y se dirigía hacia ellas a todo galope de aquel soberbio bruto que montaba.

Un instante después echaba pie a tierra e indicaba a la joven que le siguiera. Una vez en la casa el soldado se descubrió respetuosamente y exclamó mostrando un pequeño objeto.

—Señora he obtenido permiso para traeros el último recuerdo de vuestro esposo, que murió ayer luchando por la Patria como un valiente. Y al decir esto entregó la medalla que ella había colgado del cuello de Roger.

Un pequeño agujero que esta presentaba en su centro mostro á la infeliz esposa toda la horrible verdad, y estrecho contra su corazón á la infeliz huérfana que empezó á llorar angustiada al ver empañados en lágrimas los ojos de su madre.

Unos momentos después los pasos uniformes y acompasados que hacían temblar el pavimento indicaron que la infantería empezaba á atravesar el pueblo.

Ni este ruido ni el de centenares de caballos sacaron de su ensimismamiento doloroso á la pobre viuda ni á la niña, cuya tristeza no era otra que la de ver llorar á su madre.

Pero cuando las estridencias de acero al chocar con las piedras indicaron que los cañones rodaban por el pueblo los ojos de la niña se animaron, y mostrando en sus labios de carmín una sonrisa exclamaron palmo-teando:

—Mamá, mamá, corramos; ¡es la artillería que pasa!

Y la pobre madre fijando sus ojos en los de la niña y vertiendo sobre ella un raudal de lágrimas ardientes exclamó:

—¡Ya! ¿para que?

Y como si solo entonces comprendiera la dulce huérfanita toda la inmensidad de su desgracia se llevó las manecitas al pecho, y se arrojó sollozando en el regazo de su madre...

JOSÉ GARCIA QUIJADA COSTA.

Vida Manchega

se vende en Madrid en los kioscos de la calle de Atocha-Alcalá (frente a fornos) Abada, 22, Ancha (esquina a Reyes) y Glorieta de Bilbao.